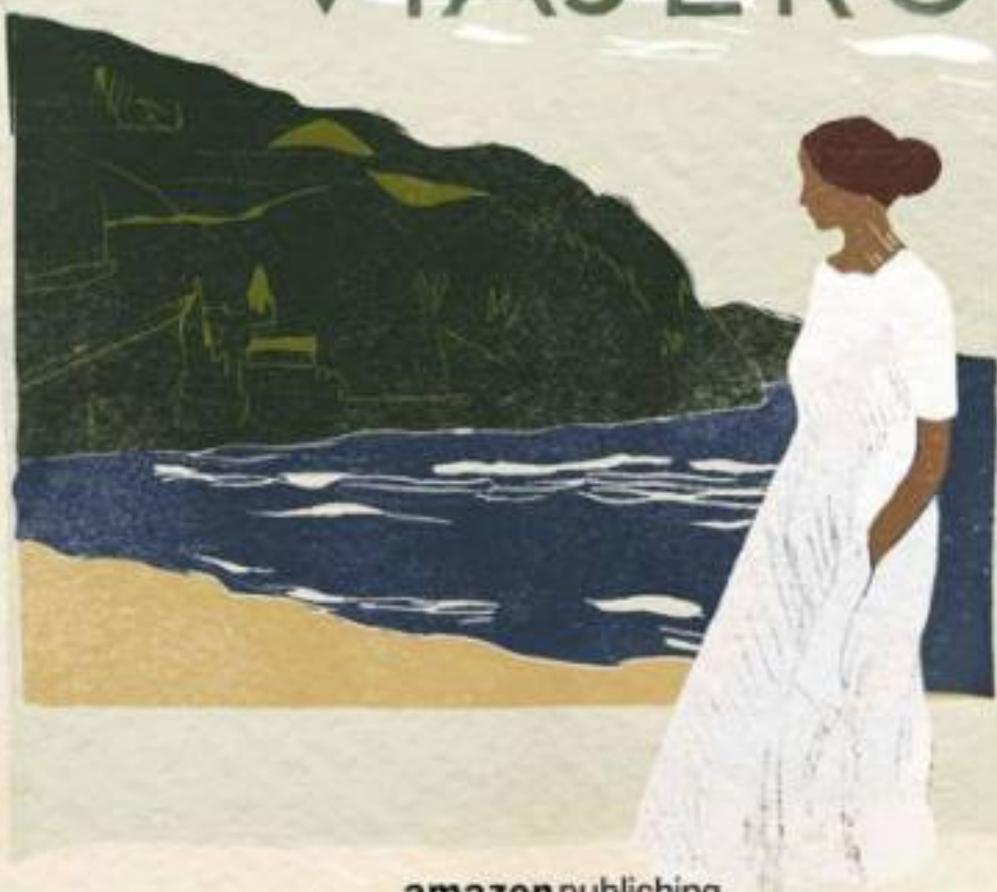


Armando Rodera

LA POSADA DEL VIAJERO



amazon publishing

*Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

Edición original publicada en España, 2015
Título original: *La posada del viajero*

Publicado por:
Amazon Publishing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L – 2338, Luxembourg
Diciembre, 2015

Copyright © Edición original 2015 por Armando Rodera
Todos los derechos están reservados.

Ilustración de cubierta por lookatcia.com

Primera edición digital 2015

ISBN: 9781503953376

www.apub.com

Armando Rodera Blasco

LA POSADA
DEL VIAJERO

amazon publishing

EL AUTOR

Armando Rodera nació en Madrid en 1972. Se convirtió en ávido lector desde la infancia. Cursó estudios de Telecomunicaciones y trabajó diez años en el sector tecnológico hasta que decidió dedicarse a la literatura.

Pionero de la publicación digital en España, desembarcó en Amazon en 2011. Autor de *El color de la maldad*, bestseller policial desde hace cuatro años; *La rebeldía del alma*, un thriller intimista que ha sido número uno global de Amazon.es; *Juego de identidades*, novela de acción y aventuras, y *Caos absoluto*, una distopía policial. Cuenta también con una obra de no ficción: *La llave del éxito*.

Su obra *El enigma de los vencidos*, una novela de misterio con trasfondo histórico, fue publicada en 2012 por Ediciones B. En 2014 Thomas & Mercer publicó la versión inglesa de *El color de la maldad*, éxito de ventas en Estados Unidos, Reino Unido y Canadá.

Es además lector editorial, gestor de contenidos y consultor *freelance* en proyectos de *marketing online* y nuevas tecnologías aplicadas al sector editorial.

Puedes seguir su obra en: www.armandorodera.com y en www.facebook.com/ArmandoRoderaAutor/

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR

SANTANDER, NOVIEMBRE DE 1873 — PRÓLOGO

SUANCES, ABRIL DE 1881 — EL EXTRANJERO

QUEENSTOWN (IRLANDA), NOVIEMBRE DE 1873 — HUIDA HACIA DELANTE

SUANCES, ABRIL DE 1881 — UN HUÉSPED MUY PARTICULAR

A BORDO DEL PEGASUS, DICIEMBRE DE 1873 — DE VIAJE HACIA EL NUEVO MUNDO

SUANCES, ABRIL-JUNIO DE 1881 — UN NUEVO MIEMBRO DE LA FAMILIA

LA HABANA, PRIMEROS MESES DE 1874 LA — VERDADERA HISTORIA

SUANCES, JUNIO DE 1881 — UNA ILUSTRE VISITA

CIENFUEGOS, MARZO DE 1875 — LA HACIENDUCA

SUANCES, JUNIO DE 1881 — UN PLAN INACABADO

SANTILLANA DEL MAR, JUNIO DE 1881 — RAZONES DE ESTADO

SUANCES, JULIO DE 1881 — EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

COMILLAS, JULIO DE 1881 — REUNIÓN INFORMAL

SUANCES, JULIO DE 1881 — LA CONFIRMACIÓN

COMILLAS, AGOSTO DE 1881 — LA RECEPCIÓN REAL

CORK (IRLANDA), NOVIEMBRE DE 1886 — EPÍLOGO

EL ORIGEN DE ESTA HISTORIA

NOTA DEL AUTOR

Aunque algunos de los personajes y acontecimientos que se relatan en este libro son reales, ciertos nombres, fechas y lugares han sido modificados por el autor para evitar que la novela se convierta en un documento histórico.

SANTANDER, NOVIEMBRE DE 1873

PRÓLOGO

La tragedia llegó sin avisar y golpeó con fuerza en el corazón del pueblo cántabro. Un cúmulo de adversas circunstancias, que tal vez pudieron ser evitadas, desembocó en una tragedia de dimensiones desconocidas hasta entonces en nuestro país. La ciudad de Santander, sus habitantes y muchos vecinos de la comarca sufrieron un daño irreparable que tardarían décadas en superar.

Todo comenzó a primera hora de un brumoso día de noviembre. La tripulación del *Cabo Machichaco*, un barco de 79 metros de eslora, recibió en esa fría mañana una noticia que en un principio les pareció esperanzadora. Había amanecido una jornada gris, repleta de nubes negras en el horizonte, pero nada hacía presagiar lo que el destino les tenía preparado.

—¡Por fin, capitán! —exclamó Alfonso Rentería, el primer oficial del vapor perteneciente a la compañía Ybarra.

—Es cierto, Alfonso, estaba ya harto de esta maldita cuarentena —replicó don Facundo Léniz, a la sazón capitán del barco.

El buque había sido construido diez años atrás en Newcastle para el armador francés J. Mesnier. La naviera Ybarra lo adquirió junto a otros tres barcos similares, en una operación cuyo montante final rondó las 50.000 libras esterlinas. Con 2.500 toneladas de carga, el *Cabo Machichaco* cubría una línea de cabotaje entre Bilbao y los principales puertos españoles, con Santander como segunda escala de su periplo.

Debido a unos casos de cólera que se estaban dando en Bilbao, las autoridades de Santander habían obligado al *Cabo Machichaco* a permanecer en cuarentena, fondeado frente a la Isla de la Astilla. Llevaban ahí desde finales de octubre y la espera se estaba haciendo agónica para todos los miembros de la tripulación.

A las siete de la mañana el *Cabo Machichaco* atracó en el muelle de Liaño, en el mismo centro de la ciudad. Tras despachar con las autoridades sin mayores problemas, se procedió a la descarga de mercancía durante toda la mañana. Hasta que un grito desesperado lanzado desde cubierta alertó a toda la tripulación. Acababan de dar las dos de la tarde.

—¡Fuego, fuego! —gritó a pleno pulmón uno de los marineros—. La bodega de proa está ardiendo, necesitamos hombres aquí abajo.

La rotura de una de las bombonas de ácido sulfúrico almacenadas en proa pudo ser el origen del incendio. La madera de estiba, la pintura del barco y otros materiales allí almacenados se inflamaron en contacto con el ácido, y las llamas se propagaron a toda velocidad.

Con los escasos medios a su alcance, la marinería intentó sofocar el incendio, hasta que se personaron en el muelle los bomberos de la ciudad. Estos comenzaron a arrojar agua hacia las bodegas del buque, con lo que el barco se escoró ligeramente a estribor debido a la gran cantidad de líquido recibido. El muelle se pobló de transeúntes que observaban las tareas de extinción del incendio, mientras decenas de hombres se afanaban por apagar unas llamas cada vez más poderosas y difíciles de controlar.

Poco a poco comenzaron a llegar las autoridades civiles y militares de Santander, que subieron a bordo para seguir de cerca las maniobras. También otros barcos fondeados en la bahía se acercaron para ayudar, como los de la Compañía Transatlántica. Minutos después, el capitán del *Cabo Machichaco* habló con el comandante de Marina:

—Comandante, lo mejor sería alejar el barco del pantanón. El muelle es de madera y podría prender fácilmente por las llamas —dijo Léniz—. Además, no le he informado de que tenemos en bodega varias toneladas de dinamita, aunque evidentemente sin ningún tipo de fulminante a su alrededor.

—No se preocupe, está todo controlado —aseguró el comandante tras sobreponerse a la sorpresa ante el nuevo dato—. Será más fácil luchar contra el fuego con los medios de los que disponemos aquí en tierra. Si llevamos el barco al medio de la bahía, la eficacia de las labores de extinción será menor.

La explanada situada enfrente del muelle se había llenado con centenares de curiosos, que observaban extasiados las llamas que salían del buque y los infructuosos esfuerzos de los hombres asignados a la tarea de extinguir el incendio. Medio Santander se acercó a ver el espectáculo durante las dos horas siguientes.

En aquella explanada se encontraba también Manuel Abascal, un humilde hostelero de Suances que había ido a la capital para una comida de negocios. Tras los postres escuchó el jaleo de las calles adyacentes y, junto a su amigo Eugenio, decidió acercarse para ver con sus propios ojos lo que sucedía.

—La gente no debería arrimarse tanto. El fuego podría propagarse en cualquier momento —aseguró Abascal antes de dirigirse a un señor que pasaba por su lado—. ¿Qué ha sucedido, buen hombre?

—No sabemos; el barco ha empezado a arder hace dos horas y no consiguen apagar el fuego —respondió el paisano y, mientras se alejaba del lugar con grandes zancadas, le contó a gritos el rumor que andaba en boca de todos: en la bodega del barco había cajas de dinamita.

Serían las cuatro y media de la tarde cuando los dos comerciantes decidieron alejarse de la explanada, donde la muchedumbre se acercaba ya a las dos mil personas. Nu-

merosos barcos rodeaban al *Cabo Machichaco*, con las autoridades siguiendo la evolución del incendio desde el mismo buque.

A esa misma hora el comandante de Marina decidió hundir allí mismo el buque para sofocar el incendio de una vez por todas. Las autoridades se trasladaron entonces a los barcos abarloados a ambos lados del *Cabo Machichaco*, mientras desde el auxiliar de la Compañía Transatlántica se procedió a golpear con una mandarria para hacer saltar los remaches del casco y permitir de ese modo que el agua entrara entre las uniones de las diferentes planchas del buque.

Lo que nadie tuvo en cuenta en ese momento fue un detalle fundamental para el desarrollo de los acontecimientos posteriores: la dinamita había comenzado a disolverse debido a la cantidad de agua arrojada sobre la carga, derramando gotas de nitroglicerina cuya peligrosidad aumentaba ante los choques o las vibraciones.

Los continuos golpes con mandarrias y cortafríos precipitaron el momento de la desgracia. Hacia las cinco menos cuarto de la tarde se produjo una brutal deflagración y la proa del *Cabo Machichaco* salió volatilizada por los aires. Una enorme columna de agua y fango arrambló con los muelles y aledaños, arrastrando a cientos de personas. Y la carga del vapor, compuesta en su mayor parte por material siderúrgico, salió disparada en todas direcciones y actuó de mortal metralla que segó la vida de multitud de lugareños, algunos situados incluso a mucha distancia de la explosión.

Ese fue el caso de Manuel Abascal, que falleció debido al golpe terrible recibido de una viga muy pesada que acabó con su vida en un instante. Se había alejado de los muelles y se encontraba en esos momentos cerca de la catedral, sin saber que un proyectil lanzado desde el barco se dirigiría en aquella dirección. Solo le dio tiempo a escuchar la explosión, y al darse la vuelta recibió enseguida el impacto mortal que el destino le tenía preparado esa tarde.

El conjunto de tantas inesperadas adversidades desembocó en una terrible catástrofe, una de las más grandes de nuestra historia. Casi seiscientas personas fallecieron y cerca de dos mil resultaron heridas en mayor o menor consideración. La dotación del *Cabo Machichaco* pereció al completo, así como los miembros de la Transatlántica enviados para sofocar el incendio.

Muchas de las casas cercanas fueron destruidas también por los impactos de la metralla siderúrgica que asoló la zona, y las calles aledañas al muelle quedaron arrasadas debido a un voraz incendio. También numerosos bomberos, policías y las principales autoridades de la ciudad fallecieron en el suceso, por lo que Santander, una ciudad de 50.000 habitantes, recibió un impacto brutal del que le costó mucho tiempo recuperarse.

La vida de numerosos cántabros sufrió un revés inesperado en aquella tarde para el olvido, como fue el caso de una humilde familia de Suances. La muerte de Manuel Abascal dejaba en una precaria situación a su viuda, con cuatro hijos, algunos de corta edad, y un modesto negocio de hostelería que tendría que sacar adelante con la única ayuda de su suegro.

Unos trágicos acontecimientos que quizás pudieron evitarse y que, sin embargo, influyeron de un modo radical en la vida de miles de personas.

SUANCES, ABRIL DE 1881

EL EXTRANJERO

Tras visitar a mi hermana Úrsula en el Convento de las Trinitarias, encaminé mis pasos hacia una de mis zonas predilectas de Suances: el camino que bordeaba el barrio de la Cuba, en la parte alta de la villa, con una vista maravillosa que alegraba el alma de cualquier persona, por muy atormentada que estuviera.

Me apoyé en un mojón y respiré profundamente para guardar en mi retina la imagen que se presentaba ante mis ojos. El crepúsculo se cernía sobre la ría de San Martín de la Arena, con los rojizos tonos del cielo norteño que contrastaba con la paleta de verdes y azules del entorno fluvial, en una fría y lluviosa primavera que comenzaba a despertar de su letargo. El Saja y el Besaya se unían para desembocar mansamente en el Cantábrico, ese mar bravo tan importante en la vida de todos los habitantes de la zona, mientras las pescadoras se afanaban por recoger sus aparejos en las márgenes de la playa de la Riberuca.

De pronto varios sonidos a mi espalda me obligaron a salir de mi ensimismamiento. El tronar de los cascos de un caballo y una voz potente que me resultó muy conocida terminaron por espabilarme instantes después en aquella mañana de sábado primaveral.

—¡Recoles! Ve con más cuidado, *paisanu*, por aquí también paseamos las personas. ¡Amaya, échate a un lado! Aquí el amigo lleva prisa... —exclamó don Anselmo, el antiguo médico del pueblo.

Al darme la vuelta casi me topé de bruces con un carro desvencijado, tirado por un caballo percherón que había conocido mejores épocas. El cochero azuzó al animal para que este acelerara el ritmo y pasó muy cerca de don Anselmo y de una servidora, mientras las pequeñas piedrecillas del camino, arrancadas por las ruedas metálicas del carro y los cascos del equino, saltaban en todas direcciones.

—Gracias por avisarme, don Anselmo, una ya no puede ni caminar tranquila por el pueblo.

—Tienes toda la razón, Amayuca. Me pareció verte en Babia y no quería que el carro te diera un susto de muerte —aseguró el galeno.

Don Anselmo había sido el médico del pueblo, un hombre muy querido en Suances, hasta que dejó de ejercer su profesión por los achaques de la edad. Él había ayudado a mi madre, la señá Inés, a dar a luz en casa a los cuatro vástagos de la familia Abascal.

Al pensar en mi familia recordé lo ocurrido ocho años atrás. La absurda muerte de mi padre, en una tragedia que sacudió Santander y España entera, estaba todavía muy presente en mi memoria. Una fugaz lagrimilla pugnó entonces por escapar de su madriguera para correr rauda por mi mejilla, pero la enjuagué antes de que pasara a mayores. Yo solo tenía doce años cuando ocurrió todo, y ya me había tocado llorar bastante en una época tan dura para la familia, donde todos tuvimos que poner de nuestra parte para salir adelante sin nuestro progenitor.

Úrsula era la hermana mayor, acababa de cumplir veinticinco años y llevaba tres como novicia en el convento. Luego iba yo, con mis veinte primaveras, y después la pequeña María, que estaba a punto de cumplir los trece años. Y por fin Nelu, el benjamín, que tenía once. Además de mi madre, vivía también con nosotros mi abuelo paterno, Ángel, un anciano de sesenta años que no quería ser una carga, pero sus piernas ya no le sujetaban como antes y cada

día se deterioraba más después de una larga vida de duro trabajo.

En ese momento escuchamos un golpe seco y un grito lastimero de procedencia desconocida. Miré hacia el final del camino, junto a la intersección con la calle principal de Suances, situada en el centro de la parte más antigua de nuestra villa, y encontré rápidamente el origen de aquellos sonidos. De la parte de atrás del carromato que casi nos atropelló instantes antes, había caído —o alguien había dejado caer, en ese momento no podíamos saberlo— el cuerpo de una persona. El duro golpe contra el suelo le había hecho emitir un quejido al dueño de ese cuerpo, un hombre para más señas, según pude distinguir en la distancia.

—Me voy a acercar corriendo, don Anselmo. Puede que ese hombre necesite ayuda y el desalmado del cochero le ha tirado como a un perro en medio de los charcos del camino.

—Ve, ahora te alcanzo. Yo no puedo correr como tú, es ley de vida.

Corrí los escasos cien metros que me separaban del desconocido mientras le veía retorcerse en el suelo de dolor; al parecer un dolor agudo por los lamentos que emitía el sujeto. Unos segundos después llegué a su altura y me encontré a un hombre hecho un ovillo, con la ropa destrozada y rastros de tizne, barro y sangre por doquier.

Me agaché a su lado e intenté darle la vuelta para verle de frente y averiguar si era grave lo que tenía. El hombre se quejó de nuevo, abrazó sus rodillas con los brazos y metió la cabeza en medio, como si quisiera protegerse. Supuse que era un borracho o un vagabundo, pero no podía precipitarme en mis conclusiones, no sabía nada de ese individuo.

Me quedé de pie, estática, sin saber muy bien qué hacer. Don Anselmo llegó entonces a mi lado y también quiso poner bocarriba el cuerpo de aquel desgraciado para saber a qué atenernos. Al tocarle en el costado izquierdo, el

hombre gritó de dolor y volvió a refugiarse en su mundo interior, mientras hablaba en una extraña lengua que no comprendimos en ese instante.

Su respuesta, pronunciada con una voz grave y modulada por el miedo, me sonó a una sucesión de palabras sin orden ni sentido alguno, una lengua «bárbara» incomprendible para mí. Por sus gestos defensivos tal vez tenía miedo de que le golpearan, pero no estaba muy segura.

—No te entiendo, *muchachu*, pero déjanos ayudarte. Puede que estés herido y necesites atención médica —dijo don Anselmo.

El médico intentó averiguar lo que le sucedía al extraño personaje. No conocíamos su procedencia, pero vestía ropas que no eran habituales por la zona. Sus pantalones eran oscuros y estaban fabricados en un tejido basto similar a la pana, aunque la suciedad no permitía conocer el color original de la tela. Llevaba también una camisa gris, rasgada por varias partes, y una chaquetilla marrón que le quedaba pequeña. La gorra quedó a escasos metros de él tras haber caído de mala manera del carro, por lo que decidí recogerla y acercársela a don Anselmo.

Después de examinar durante unos minutos al hombre, todavía tendido en el suelo, don Anselmo llegó a su conclusión:

—No para de moverse y quejarse, y así no puedo hacer bien mi trabajo, querida. Pero juraría que este hombre ha recibido una paliza. No sé si antes o después de que se subiera a ese carro por su cuenta y riesgo u obligado por algún maleante, pero está lleno de contusiones por todas partes.

—¿Qué le ha podido suceder? Parece un hombre joven y fuerte. Quizás se haya metido en algún lío.

—No lo sé, jovencita, le han dado lo suyo. Tiene una ceja partida, el labio amoratado, chichones en la cabeza y moratones por todo el cuerpo. Se queja mucho del costado y temo que se haya dañado las costillas. Esperemos que no